

todo de una vez, el arte de la vida, pues que toda vida humana es al fin una verdadera obra de arte, y cada hombre al nacer lleva en su corazón cierto ideal de belleza moral que puede y debe revelar, expresar y realizar lentamente en sus acciones.

Ocultáramos la mitad de nuestro pensamiento si no dijéramos aquí que en cada criatura mortal se oculta un Fidias, y que es todo hombre un escultor que debe desbastar y pulir su mármol ó su barro hasta hacer salir de la confusa masa de sus groseros instintos una persona inteligente y libre. El justo, esto es, el que arregla sus acciones según el modelo divino, aquel que sabe, cuando es preciso, desprenderse de su vida mortal, como el escultor desbasta el mármol para revelar la estatua interior: Sócrates bebiendo la cicuta; San Luis sobre su lecho de cenizas; Juana de Arco en medio del combate; Napoleón mismo, no el Napoleón emperador, sino el Napoleón del puente de Arcole (1); en una palabra, el héroe y el santo, sea cualquiera el nombre que queráis darles: he aquí el último término y el colmo de la belleza sobre la tierra, he aquí el poema, el cuadro, la armonía por excelencia, armonía y poemas vivientes, en donde la obra y el obrero se hallan íntimamente unidos y confundidos. Más allá de esto no hay nada sino Dios mismo.

(1) Séame permitido repetir aquí estas palabras de Bossuet: «¡Ah! no quiero admirar sino á los valientes y á los conquistadores.» (*Oración fúnebre á Enriqueta de Inglaterra.*)

LIBRO TERCERO

LAS RELIGIONES INDIAS

I

La revelación por la luz.—Los Vedas.—La religión de los patriarcas

Siendo la historia de las religiones una genealogía del Eterno en los límites del tiempo, sería imposible indicar sus comienzos, si esta dificultad no se convirtiese en la de saber cuál es el monumento que contiene la expresión de la más antigua sociedad. Reducida á estos términos, la cuestión está resuelta, pues que en parte alguna, ni en los himnos de los griegos, ni en el Zend-Avesta de los persas, ni aun en los libros de Moisés (1), aparecen tan recientes el hombre y la Naturaleza como en los vedas (2) de los indios; esos cantos, cuya antigüedad elevan los críticos más exigentes (3) á mil

(1) En el *Génesis* se mencionan ya la moneda y la escritura, XXIV, 16.—De Wette, *Ant. Testam.*, págs. 184, 185.

(2) *Rig-Veda Sanhita*, lib. I, edit. Frid. Roseu, 1838.

(3) Colebrooke, *Asiat. Res.*, VIII.

cuatrocientos años antes de Jesucristo, y en los cuales parece revivir la época patriarcal, que sólo en la Biblia se halla indicada más bien que llena por los nombres y vestigios de las tribus de Abraham.

Corresponden estos himnos, en efecto, á aquella edad, á aquel orden moral, á aquella más simple condición de que nos dan idea las tradiciones: verdaderas primicias del mundo social, en que ni existe cuerpo de nación, ni Estado, ni pueblo, ni gobierno visible, sino tribus tan sólo y jefes de familia rodeados de sus rebaños y buscando de cima en cima, al través de los Alpes indios, la hierba más nueva, sin otras riquezas que las que pueden transportar en sus carros (1), encendiendo el fuego sobre las cumbres por medio del frote de dos ramas secas (2); incendiando las selvas vírgenes para abrirse un camino ó prepararse una morada; sin cultura, sin propiedad fija, sin templo y sin domicilio; indicando cada estación por un cántico y una piedra sagrada (3); entregados ya á la guerra con el fin (4) de ocupar algún sitio á propósito para los pastos, ó defenderse, ó atacar, ó aumentar el rebaño, al que todo se refiere como á fuente de vida, plegarias, industria, poesía y creencias; primeros rayos, en fin, del sol iluminando la primera socie-

(1) *Rig-Veda Sanhita*, pág. 263.

(2) *Id.*, págs. 18, 136, 138, 199.

(3) *Id.*, pág. 45.

(4) *Id.*, pág. 232.

dad balbuciente y suspendida aún de los pechos de la vaca nodriza (1) sobre una cima del Asia: tal es el cuadro que presenta cada uno de aquellos himnos de pastores. ¿No es esta la idea que se forma del género de vida de los patriarcas errantes con el fuego del sacrificio por las mesetas de la Mesopotamia?

Y por lo mismo que tan primitiva se manifiesta esta condición, ofrece un mayor interés observar cómo ha brotado la revelación en este momento inicial, del que todos los demás dependen. En esta edad, por otra parte, la antigüedad se manifiesta siempre semejante á sí misma; la humanidad vive en la tribu.

Los modernos muchas veces han ensayado rehacer el himno del hombre primitivo, pero falta averiguar hasta qué punto semejante invención resulta conforme con la realidad. Buffón especialmente es quien ha intentado con más ahinco hallar en el seno de la Naturaleza alguna imagen de aquella cuna, y nadie por cierto ha penetrado más allá en aquellos tiempos sin memoria. Para explicar la primera revelación del mundo sensible, supone él y describe el primer despertar del primer hombre, cuando sus ojos se abren, y se levanta, y se aproxima á un árbol, y se acerca á su fruto, y oye el ruido de ese fruto que cae, adquiriendo de

(1) *Vaccis insignes. Nos participes redde vaccarum. Lacte plenas facite vaccas. Vaccæ uberibus nos alentes.*

este modo, uno después de otro, los sentidos del tacto, del olfato y del oído, hasta que, fatigado bien pronto de esta ciencia precoz, vuelve á caer en el antiguo sueño, imagen de la muerte, para la cual ha sido creado. Nada le falta á esta progresión sino el haber sido continuada. El hombre físico ha nacido, es verdad; pero el hombre moral duerme todavía. ¿Quién le abrirá los ojos del alma? ¿Dónde y cómo cogerá el fruto del espíritu, puesto que ya se ha apoderado del fruto terrestre? ¿De qué modo nacerá en él el gusto del cielo y de lo divino? ¿Á qué árbol infinito irá á saciarse? He aquí dónde la tradición oriental termina el cuadro comenzado por el historiador de la Naturaleza.

El primer pueblo sale de su primer sueño; la eterna noche se disipa; el alba luce sobre el universo, y por cierto que sólo habiendo visitado las riberas del Oriente es posible tener una idea de cómo ella hiere, envuelve, inunda y reviste de luz todas las cosas, pues no son nuestros climas lo más á propósito para representarnos ese cuadro de la luz naciente. Pero si aun así, y no obstante la experiencia del mundo, no hay uno de nosotros todavía capaz de asistir indiferente á ese prodigio de cada día, á ese instante supremo en que la Naturaleza, sepultada antes en las sombras, vuelve de súbito á la vida, ¿cuál no debió ser la impresión del primer rayo de la primera aurora sobre el hombre primitivo? Ante aquella luz inmaculada percibe la creación tan inmaculada como ella, y el

universo, por vez primera, queda ante él mostrado, desvelado y revelado. ¿Cómo, pues, no había él de creer aquel rayo precursor y matinal el primer mensajero que le enviaba la invisible luz, el órgano del Creador que llega y penetra hasta su corazón para curar su pena (1), la figura, en fin, de la palabra visible, que, desde más allá de todo el horizonte, brota del seno del Eterno? En aquel momento nace la tradición, el recuerdo de la comunicación entre el hombre y Dios, el principio de toda la sociedad oriental, que no descansa en otra cosa, en efecto, que en la idea de la revelación del mundo físico y espiritual por la luz.

Tal es la impresión general que dejan los himnos indios, aniversario de la primera mañana del mundo civil. Por grado sentimos despertarse el alba visible excitando y provocando el alba del pensamiento, y convertirse aquel primer despertar á la vista del universo en el fondo y el alma del primer culto. Así, la mayor parte de aquellos cánticos celebran con mil variantes como otros tantos genios precursores la noche que se borra de la inteligencia ante el alba que comienza á palidecer, el crepúsculo que se colora, las horas luminosas y las inciertas vaguedades, los temblores y las oscilaciones de la aurora, hasta que Dios entero y pleno surge con la mirada devorante del primer sol

(1) *Adscendens in sublime cælum, cordis morbum meum, sol, palloremque dele.* (Rig-Veda, pág. 98.)

del Asia. De modo que esta teodicea de la Naturaleza comienza á apuntar en un principio, acrécese después ante la vista, y se dilata y llena por fin todo el espacio al compás mismo con que la propia luz se va irradiando.

En un principio atraviesan confusamente las sombras de la noche los dioses vagos é inferiores, los genios de los vientos en las cimas de las montañas, los ciegos maruts, húmedos por las gotas de las lluvias, dejando oír sus mujidos en las tinieblas, al ser conducidos en sus carros tirados por manchadas ciervas. Su marcha es como de hombres embriagados; la tierra tiembla; durante la tormenta oprimen los flancos de las nubes como tetas de vacas: por todas partes saltan como cabras. Impaciente el hombre por llegar al día, invócales é invoca á las tempestades, pues que las tempestades del cielo, no de la tierra, vienen.

Á su soplo enciéndese el hogar con dos ramas frotadas una contra otra, y surge y sonríe y brota el fuego, celeste Agnis, precursor y mensajero de los dioses, purificador y guardián diligente de los sacrificios, padre del rayo, que ha llegado sobre su carro tirado por rojos caballos. Ofrécese un bosc que en sacrificio, y consume en su preparado alimento la cabellera de la tierra, abriendo ancha vía á su carro con sus llamas rugientes y tortuosas, remedando con sus voces los mugidos del toro y alejando las aves de rapiña á las bandas de lobos que atraviesan los grandes ríos, hasta que al fin des-

aparece harto, sin ruido vase alejando y se retira invisible á la morada de los dioses.

Pero las estrellas se han levantado, el fuego ha despertado en buen hora á los dos gemelos, los asvins, guardianes de los umbrales celestes, desde cuyo carro, más rápido que el pensamiento y que apoya una de sus ruedas en el firmamento y la otra sobre las cimas inhabitadas de la tierra, lanzan por las noches sus flechas al blanco, hasta que, llamados por la plegaria nocturna, descienden de las alturas del cielo y vienen á sentarse en torno del hogar del pastor sobre la triple esfera consagrada. Allí, con el alimento matinal, reciben el dulce brebaje y la ofrenda del himno, y ellos en recompensa hacen germinar la cebada, destilan agua viva bajo las uñas de sus caballos, abren los establos antes del alba, reúnen los rebaños, llenan de blanca leche las tetas de la vaca negra é impiden que durante la noche se pierda, ó la conducen, si se ha perdido, al fondo de las cavernas.

Á los asvins suceden las albas con su carro tirado por vacas rosadas, uncidas sólo por el pensamiento del conductor. Estas auroras siempre bellas son las que han engendrado el mundo por medio de la luz, y las que todo lo adornan, como el guerrero adorna su armadura. Llenas de encanto, suben por el cielo, se elevan y engrandecen; abren sonriendo las puertas de la luz y dispersan la muchedumbre de los rayos por todas las praderas. Las tinieblas huyen ante ellas, como si fuesen sus

cazadoras, y las aves y los cuadrúpedos siguen sus pasos. ¡Levantaos! el espíritu de la vida ha llegado. *¡Exurgite! vitalis spiritus advenit.* La aurora ha prestado su conciencia á los espíritus, y ha traído las palabras sinceras, descubierto las faltas ocultas y revelado el mundo como un tesoro escondido.

Las albas eternas desaparecen á su vez, huyen las estrellas como ladrones, y al fin, la luz sin velos, el sol, el día de Oriente, Indra, que presta forma á cuanto carece de ella, el viajero celeste, el arquero nómada, el de la cabellera de oro, vence á las tinieblas, y las sepulta en su mismo esplendor. Remóntase luego á lo más alto del cielo, precedido del ejército de los rayos increados, de los reyes del aire, de los ángeles indios y de sus caballos de flancos rojos, pies blancos y frente armada de flechas, purificados ya por el rocío. Su alimento consiste en los jugos y primicias de la Naturaleza; las plegarias afluyen á su seno, como las aguas al lago; todo ante él palidece, de modo que en presencia suya no es posible dirigir á ningún otro cántico de alabanza; en él está la única fuerza y la única sabiduría, y más grande que el cielo y más grande que la tierra, él es quien ha abierto las simas de las montañas, puesto los fundamentos del espacio celeste, creado la luz de las luces, revelado el mundo, glorificado á Dios y consumado la primera revelación.

Tal es el Jehová de los patriarcas indios, que

se destaca del seno de las auroras, como Jehová de en medio de los Elohim sobre la montaña santa (1). Su voz resuena en el trueno é impulsa delante de él las nubes como ejércitos. Hasta se cree oír algunas veces el acento de los cánticos de Moisés ó de los más antiguos salmos: «Yo cantaré la victoria de Indra, el que ayer ha empuñado el arco, y ha herido á Ahin, y ha dividido las ondas, y ha deshecho la primera de todas las nubes.» La lluvia, tan preciosa para las tribus de pastores, es el efecto de su victoria sobre el genio enemigo que envenena la hierba de los pastos. Indra aguza sus saetas, como el toro sus astas, y persigue con las flechas de su aljaba al Dios devorador y esquilmador, desatando en las cataratas del cielo las mugientes aguas como las vacas en el establo. Así aparece el Sabaoth indio, debido quizás al espectáculo frecuente de la tormenta sobre las montañas del Asia, asociado á la idea de combate, rodeado de sus falanges celestes y lanzando á torrentes las nubes desgarradas el demonio de la lluvia de aquel culto de pastores.

La semejanza entre Indra y Jehová proviene sobre todo de la superioridad con que uno y otro aparecen respecto de la creación. Como el círculo de la rueda del carro contiene los radios, de la misma manera abraza Indra el recinto de aquel universo, extendiéndose más allá del clamor de los

(1) *Génesis*, caps. II, XI, XIII y XXXI.

hombres, más allá de los ríos, más allá de los montes, más allá de toda criatura. Él ha hecho la tierra como imagen de su poder; él envuelve con su inmensidad el aire, el éter y el cielo; él únicamente es quien ha creado las cosas que fuera de él existen. Vemos, pues, cuán poco difiere este lenguaje del de la Biblia. Y es que en estos primitivos orígenes se revela la unidad del Dios de los patriarcas, y no parece sino que vemos confundirse en el principio de la historia, en el esplendor del hogar de Abraham, los cultos que más tarde se han dividido y separado, como la palabra humana. Siéntese en esos himnos, con la sencillez grosera de la vida de pastores, la frescura del rocío del primer día del mundo, antes que por ninguna criatura humana hubiera sido hollado ni secado por las horas y los pensamientos abrasadores, respirándose en ellos el aire poderoso de las cimas de la tierra. Una sublimidad natural se comunica á todo y todo lo engrandece, de tal modo que no parece posible que aspiraciones semejantes nacieran en tierras llanas y bajas. La rareza de los objetos, su magnificencia, su monotonía misma, la inmensidad del horizonte, una perspectiva maravillosa, la tormenta, el sol levante, el fuego, los rebaños dispersos por las vastas praderas en los confines de las regiones templadas, el silencio, ó la ausencia más bien, de la sociedad civil, todo reproduce la impresión de las primeras baladas de los primitivos pastores ó armellis en las pendientes de los Alpes indios,

donde la sociedad, la lengua y la poesía parecen todavía como amamantadas con leche. En medio de ese espectáculo, el pensamiento que más nos hiere, y que con mayor insistencia acude á nosotros, es el de la comunión del género humano en el seno de la luz indefectible, y las tribus nómadas no parecen sostener entre sí otra sociedad que esta impresión común de la misma aurora que á todas comunica en un mismo instante la misma luz interior. Esa aurora representa también el lazo entre los vivos y los muertos: «Los que han visto la aurora de ayer, murieron; nosotros la vemos hoy: morirán también los que han de verla mañana.» Así, los pueblos, las familias apartadas y las generaciones, se sentían vivir con una vida común, alimentada por un mismo rayo. La misma alba, la misma alma, la misma humanidad: tal fué la primera alianza. Añadamos que la lengua de aquellos himnos, mezcla de caridad y de dulzura como el sol sobre el rocío, parece la lengua humedecida de la aurora, y lo que acaba de confirmar el sentimiento de la comunión de todos los hombres en aquel primer culto, es la facilidad de reconocer en el fondo de esta lengua patriarcal los términos principales de nuestras lenguas modernas, como otras tantas perlas en el fondo de un mar transparente.

Pero la sublimidad de Indra no excluye por otra parte los hábitos de la vida de los pastores. Así, á la magnificencia de aquella teología de la

Naturaleza se junta la liturgia de un pueblo infante todavía, y aquel mismo Dios, á quien algunos rasgos han colocado al lado del de la Biblia, se halla aún envuelto en el pesebre entre las mantillas de los pastores, regocijándose en el fondo del corazón humano, como la vaca en las praderas. Es más; cuando más grande quiere aparecer, no es el rey soberano de los pueblos, sino un Dios patriarcal todavía, padre de la familia y de la tribu. Sufre hambre y sed, una sed eterna en su cielo abrasador, y se le tiene propicio principalmente con la promesa de un abundante licor. Convidale el pastor familiarmente á su ofrenda diaria de leche, manteca y miel, y él se sienta cerca del hogar, mientras que sus alados caballos son llevados al abrevadero, á menos que el rocío de las noches haya apagado ya algún tanto su sed, y los torrentes, los ríos y los lagos ofrecidole una libación en la copa del mundo, ó á menos también que él mismo con sus ardientes labios haya chupado y exprimido las húmedas ramas de los bosques; aun cuando cada vez más insaciable, no deja por eso de apurar los brebajes conservados en los vasos, como si sólo hubiese hecho el mundo para alimento suyo. La idea del cielo abrasado, de aquel Dios eternamente insaciable en los desiertos del firmamento, unida á la del hambre natural en aquellas tribus, siempre inquietas y preocupadas en buscar su alimento, á la manera de las aves de rapaña: he aquí la primera causa de la libación de la ofrenda y del

sacrificio, donde no parece descubrirse ningún fundamento místico, al menos por lo que respecta á aquella edad. En su propia inmortalidad, ellos mismos no tenían otro deseo que el alimento del Dios.

Á aquellos festines dados por los patriarcas al primer Dios, siguense, en efecto, muy pronto oraciones interesadas, en que le piden todo cuanto conviene á su vida de pastores, como la salud del cuerpo, armas, domicilio (recordemos que son nomadas), alimento seguro, lluvia, una fuente, hierba alta en hermosa pradera, caminos fáciles en sus emigraciones, caballos ligeros, vacas ricas en leche, abrigo contra las bestias feroces, remedio contra la primera herida del alma, que devora su presa como el lobo al tímido ciervo, á veces un pensamiento santo ó una meditación fecunda, y últimamente, volviendo en seguida á su primer tema, la prosperidad de la tribu, la salud de los carneros, de las ovejas, de los hombres, de las mujeres, de las vacas, y una larga vida sobre todo. «Déjanos gozar toda nuestra vida»: he aquí el grito de aquellos primeros hombres, que nunca se saciaban de vivir. «No la cortes á lo mejor, pues que después de haber causado la vejez de nuestros cuerpos, tú, oh señor, nos has dado hijos que nos alimenten.» Este deseo de una larga vida constituye también uno de los rasgos que asimilan los patriarcas indios á los hebreos. El mundo civil comienza por una asamblea de ancianos, del mismo modo que la tierra, nueva todavía, aparece ya car-

gada de encinas centenarias. ¿Dónde está en todo esto el ascetismo y el espíritu de expiación y sacrificio que ha de llegar á ser más tarde el principio religioso del Oriente en general y de la India en particular?

Aunque al parecer pertenecen todos esos himnos á una misma antigüedad, creemos, no obstante, distinguir en ellos señales de muy diversas edades, y esperamos que el mismo espíritu crítico que Ewald ha aplicado en nuestros días á los Salmos, sea también más tarde aplicado á los Vedas. Y desde luego, en aquellas religiones agrestes vemos ya apuntar las religiones sabias que han de sucederles; dioses apenas esbozados (1), dinastías sagradas que acaban de brotar en el cáliz de las flores, fantasmas de lo infinito, primeros gérmenes de la teogonía india y hasta una trinidad naciente, revelada en las tres cabezas de Indra, y también en las tres ruedas del carro de los Asvins, en los tres sitios que en el hogar tienen reservados, en sus tres altares que corresponden á los tres mundos, en sus tres visitas nocturnas y diurnas y en las tres veces que rocían con miel el sacrificio. Obsérvase también que el hombre, acabado de nacer y sin saber buscar todavía su alimento, pide ya y suplica el alimento de su alma, confundiendo y mezclando incesantemente, en medio de aquella semiluz y crepúsculo de su inteligencia, la materia

(1) *Brahma, Krishna y Vishnu.*

y el espíritu, y dejando volar sus pensamientos en pos de la felicidad esperada, como los polluelos van hacia el nido. Unidad de Dios, politeísmo, panteísmo, todo se halla contenido á la vez en aquel primer culto, del mismo modo que el niño, al abrir sus ojos, sólo ve al pronto un solo ser que los comprende todos. Y he aquí por qué aquellos cantos de pastores nómadas han sido luego el libro sagrado por excelencia, el principio de la liturgia y de la civilización india, representando respecto de esta sociedad, cuya alma encierran, lo que los cánticos de Moisés y Débora respecto de la sociedad hebrea. Tradición, ley, costumbres, instituciones, todo descansa en ellos, de modo que á pesar de la sencillez que allí presenta la vida, cada época va desviándoles de su natural sentido para sacar una significación cada vez más espiritual y mística, hasta hacerles aparecer como conteniendo la ciencia suprema, ó como la obra laboriosa y metafísica del sacerdocio, según más de un escritor de Occidente les considera. Así es, por ejemplo, como tal canto de pastor de la Biblia, hecho para suplicar una fuente ó la lluvia, transformado luego por la teología de la Edad Media, ha venido á ser nada menos que el emblema espiritual de la nueva alianza. El pastor ha sido sustituido por el doctor.

Si el culto de los Vedas ofrece notables semejanzas con el de los hebreos, es casi idéntico al de los persas, presentando la misma imagen de un Dios luchador y guerrero, para quien la creación

es como el fruto de la victoria; la misma luz que inunda la cuna de todos los pueblos, el mismo hogar sagrado, los mismos himnos, hasta los mismos nombres y palabras litúrgicas, que son frecuentemente idénticas en los Vedas y en el Zend-Avesta. Y aun debemos añadir que la actividad, la energía y el genio nómada y guerrero de estos primeros dioses indios, si se les compara sobre todo con los que les sucedieron, muestran asimismo elocuentemente que son los dioses de un pueblo montaraz, pastor y guerrero á un tiempo. Sólo á intervalos, á la manera del pesado soplo del aire de las llanuras, déjase sentir algún acento lánguido y enervante entre los agrestes acentos de sus cánticos. «Séannos suaves los vientos; muéstrense llenos de dulzura la noche, el crepúsculo, el cielo, el aire, el rey de las plantas, el sol y los rebaños.» Pero este tono es realmente tan nuevo, que sólo un cambio de lugar pudo producir tales cambios en los instintos. Los pastores, los *armellis* indios descenden, en efecto, de sus altas mesetas hacia los hondos valles. Á Indra va á suceder Brahma. El primero, luchando siempre y siempre en actividad, era el Dios de los pastores nómadas que respiraban la poderosa vida de las montañas; el segundo es el Dios de un pueblo establecido en el fondo de los valles, y al que convidan al placer los suaves perfumes de los nenúfares brotados en las orillas de los golfos de Gollonda y de Bengala.

Resulta, pues, mostrado en cuanto queda ex-

puesto que la primera revelación del Oriente, de esa tierra del sol, se resume en la idea de la luz. El primer rayo que rasgó las nubes despertó á la humanidad, barro recién amasado en el caos del mundo civil. Aquella luz tan clara, aquel resplandor luminoso, consagra y corona en un mismo instante todas las altas cumbres, de modo que cuando el fondo de los valles yace aún en la sombra, ya ella ha revelado la tierra por las cimas, la sociedad por los dioses, la India por el Himalaya, la Judea por el Sinai, la Persia por el Tauro, la Jonia por el Ida, la Grecia por el Olimpo. La misma aurora, conmoviendo á la vez como un Memnón sonoro á todos los pueblos nacientes, brota á un tiempo y surge del seno inflamado de Ormuzd, de Osiris y de Apolo, y por todas partes la tierra amorosa responde á la primera mirada del cielo, sembrando el rocío de los himnos. Á los cánticos de las tribus de Abraham, exhalados bajo el cielo azul de la Caldea, únense las plegarias de los indios y de los persas, mientras que á lo lejos, allá en el Occidente, los alegres sonidos de las flautas de la Grecia, acompañando los himnos de Homero, responden, entre el primer murmullo de los bosques, á los aullidos de los lobos y á los rugidos de los leones. Una misma revelación se exhala para todos los pueblos del seno de las auroras inmutables en el cielo inmutable del Asia. El sol es el ojo de Mithra en los Vedas, el ojo de Ormuzd en el Zend-Avesta, el ojo de Júpiter en los Órficos y en Sófocles, y en todas partes

es el héroe, el arquero que lanza sus tiros al blanco. Los dioses fraternizan en la cuna, ó más bien, es un mismo Dios el que á todos se manifiesta, sobre las altas cumbres, en la zarza ardiendo. Los Elohim de los hebreos, los principes del cielo de la Caldea, los querubines que con la espada de fuego guardan los umbrales del eterno azul, los ángeles radiantes de los persas, distingüense apenas de la familia de los albas indios, de esos reyes del aire que traen con el himno matinal las puras contemplaciones. Indra y Jehová habitan asimismo, más allá de toda inmensidad, la misma morada, y es la luz su vestidura, su mensajera, su mansión, su palabra, hasta su mismo ser, de modo que uno y otro se confunden, hacia los confines del éter, por encima de la muchedumbre de los patriarcas desvanecidos y prosternados, en el seno de una misma unidad, en el mismo torrente increado de esplendor y de vida.

¡Perfume del mundo naciente, rocío aun no violado, primicias de los días nuevos, montaña santa, de donde los santos himnos emanan! ¿Dónde estáis? ¿Qué camino conduce hasta vosotros? ¡Blancura incorruptible, alba sagrada, luz de las luces! yo os llamo, como nuestros padres os llamaban. Ellos contemplaron vuestro brillo; yo sólo veré vuestra sombra! ¡Levántate en mi corazón, Aurora divina! ¡apresúrate! las horas pasan; la muerte se aproxima; la inmensa noche me rodea.

II

El génesis indio.—La revelación del infinito por el Océano

Siglos oscuros pasaron; el Dios naciente ha envejecido; el primer culto va á desaparecer. Llamado todos los días por los antiguos himnos, el sol, fiel hierofanta, ha conducido sin cesar las procesiones de los astros nómadas por los caminos del éter, y sin embargo, todo ha cambiado de aspecto. La vida patriarcal desaparece, y cansados al fin de andar errantes, detiéndense los pueblos en la morada que han elegido. Ya no hay pastores sin domicilio, vagando á través de interminables praderas, sino reinos formados por la unidad de creencias, reyes consagrados en estos Estados fijos, Nemrods indios que conquistaron la tierra para entregársela á los sacerdotes; solitarios y ascetas que (¡quién lo creería!) en el fondo de los bosques aun conmovidos por el ruido del carro de los vientos, muéstranse ya enojados de la figura de aquel mundo, apenas vislumbrado, y retirados por tanto en el fondo de aquellas Tebaidas primitivas; anacoretas, hijos del caos, que parecen contemplar su